

María Martínez

*Donde
habitan
las
Sirenas*

CROSS
BOOKS



María Martínez

*Donde
habitan
las
Sirenas*

Three small, stylized bird silhouettes are scattered around the title. One is to the left of the word 'las', one is to the right of 'habitan', and one is centered below 'Sirenas'.



Nora me miró y fue horrible, porque lo que vi en sus ojos no era preocupación o duda, sino decepción y rechazo. Ella era la directora de la agencia de talentos en la que llevaba dos años trabajando. Me contrataron como asistente de representante, pero solo estuve unas pocas semanas en ese puesto. En nuestra cartera había músicos, actores, modelos e *influencers*, y acabé haciendo de todo para ellos.

De lunes a domingo me convertí en secretaria, recadera, chófer, guardaespaldas, niñera, confidente y no sé cuántas cosas más. Un trabajo que me dejó sin apenas vida personal, pero que me encantaba. Me hacía sentir necesaria, imprescindible y, en cierto modo, también querida.

Sin embargo, nada de eso importaba ahora.

Ninguna de esas personas estaba allí para apoyarme.

—¿Y bien? —exhaló Nora en tono avieso.

El mundo se me vino encima y me sentí más desprotegida que nunca en mi vida. Me tragué el nudo que tenía en la garganta e inspiré hondo. No pensaba llorar frente a ella.

—¿De verdad crees que he sido yo? —le pregunté.

—La información se filtró desde tu correo y tu ordenador.

—Pudo hacerlo cualquiera, media agencia tiene acceso a él y lo sabes.

Nora me observó sin parpadear. Le sostuve la mirada sin achantarme lo más mínimo. Me acusaban de forma injusta por algo que no había hecho y no iba a permitir que me intimidara para hacerme parecer culpable.

—Entonces, ¿quién fue? —inquirió.

—¿Cómo voy a saberlo?

Sacudió la cabeza y resopló por la nariz con impaciencia.

—Lucía, no puedo hacer nada. Alguien ha estado vendiendo información personal de nuestros clientes y las pruebas te señalan a ti.

—Pero ¡yo no he sido!

—¿Puedes demostrarlo?

La desesperación y la impotencia que sentía comenzaban a hacer mella en mí.

—¿Y qué hay de la presunción de inocencia? ¿No crees que primero deberías investigar a fondo este asunto antes de despedirme? ¡Por Dios, Nora, me conoces! Me he dejado la piel por esta agencia —le reproché.

No me estaba dando la más mínima oportunidad, a pesar de que había dudas razonables sobre mi culpabilidad. Era como si necesitara un chivo expiatorio lo antes posible, sin importar quién fuese, y me había tocado a mí.

—Admito que cabe la posibilidad de que otra persona haya tenido acceso a tus contraseñas, pero no hay modo de averiguarlo y no puedo dejarlo pasar. Nuestros clientes están preocupados y debo demostrarles con resultados que pueden confiar en nosotros.

—¿Aunque para conseguirlo estés arruinando la vida de alguien inocente? —la cuestioné.

—Lo siento mucho, Lucía, pero no tengo más remedio. Si aceptas el despido con las condiciones que te ofrezco,

no emprenderé ningún otro tipo de acciones que te expongan más.

—¿Te parece poco acusarme de un delito?

Nora se quitó las gafas y con un paño frotó los cristales de forma enérgica, como si pretendiera desgastarlos. La miré fijamente y en sus ojos castaños solo vi la determinación de alguien que no pensaba ceder ni un poquito a mi favor. Iba a lanzarme a los lobos y, si le importaba, lo disimulaba bastante bien.

—Lucía, aunque no lo creas, estoy tratando de ayudarte. Mi cuerpo se hundió en la silla sin fuerzas.

Todo el peso de esa reunión, más la presión sobre mí desde que se descubrió la filtración, unidos a mi frustración y mi tristeza por lo que consideraba un abuso injusto, se apoderaron de mi ánimo. Quería gritar y llorar al mismo tiempo.

No tenía ninguna salida.

—Si lo acepto, será como reconocer que he sido yo y ninguna otra agencia querrá contratarme. Es un mundo pequeño, sería el fin para mí.

—Si no asumes la responsabilidad, la dirección tomará acciones legales y, créeme, el resultado será el mismo y con peores condiciones.

Ya no se trataba de un aviso, sino de una amenaza. Todo mi ser quería lanzarse sobre ella. Apreté los puños, intentando que ese sentimiento fatal de rabia no me arrastrara al desastre.

Comprendí que había perdido y no tenía sentido alargar más lo inevitable. Miré la rescisión de mi contrato, junto con el despido, que Nora había puesto sobre la mesa. Agarré el bolígrafo y las náuseas me sobrevinieron de inmediato.

—Está bien. Solo espero que algún día la verdad salga a la luz y pueda ver cómo te arrepientes por todo lo que me estás haciendo ahora —dije mientras iba firmando cada una de las páginas señaladas.

Abandoné la oficina de Nora sin despedirme y me fui a mi mesa, haciendo lo imposible para sobreponerme, intentando contener lo que sentía. Algo difícil cuando todas las miradas estaban sobre mí y los cuchicheos se colaban en mis oídos como susurros sibilinos.

Alguien había dejado una caja vacía de cartón sobre mi silla. Guardé todas mis cosas dentro y puse las llaves de la agencia en la mesa. Luego me encaminé a la salida con la vista al frente. Ninguno de mis compañeros se dignó a despedirse de mí y me alegré de que no lo hicieran. Entre ellos se encontraba el traidor que me había puesto en esa situación. Cualquiera podía ser el judas que besó mi mejilla después de venderme.

Y pensar que había considerado a todas esas personas mis amigas.

Que había confiado en ellas.

Nos llamábamos familia, ¡qué ironía!

Cerré la puerta a mi espalda y me tomé unos segundos para respirar. Con la caja entre mis brazos, bajé la escalera y salí a la calle. La agencia se encontraba en el primer piso de un edificio antiguo, junto a la plaza de las Salesas. Miré arriba y contemplé la ventana a la que me había asomado cada día durante dos años. En ese momento no fui capaz de hacer nada contra la rabia que me quemaba el pecho y mis ojos se llenaron de lágrimas.

La inercia y mi mente embotada hicieron que me dirigiera sin pensar a casa de Óscar, mi novio. Bueno, exnovio en realidad, porque hacía apenas un par de meses que habíamos roto, después de un año viviendo juntos.

Aunque los dos habíamos encontrado el piso y pagábamos el alquiler a medias, el contrato estaba a su nombre, así que me tocó a mí marcharme. Ni siquiera intenté discutirlo.

Por suerte, Silvia, mi mejor amiga desde la universidad,

me acogió en su pequeño apartamento hasta que yo pudiera tener un lugar propio donde vivir. Algo que cada día parecía más lejano por culpa de los alquileres desorbitados.

Cuando me di cuenta de adónde iba, frené mis pasos y me apoyé en una farola.

La vida que tanto esfuerzo me había costado lograr se estaba desmoronando sin que pudiera hacer nada. Una certeza cuyo peso me aplastó. En apenas dos meses había roto con un buen chico, perdido una casa estupenda y me habían echado de un trabajo que me encantaba. Sin olvidar que mi profesionalidad estaba en entredicho y solo era cuestión de tiempo que mi reputación se fuera a la mierda.

Solté un suspiro y cambié de dirección.

Cuando llegué a casa, encontré a Silvia recostada en el sofá con su ordenador portátil en el regazo. Dejé sobre la mesa la comida que había comprado en el restaurante japonés de la esquina y colgué mi chaqueta en el respaldo de una silla. Al percatarse de mi presencia, Silvia se quitó los auriculares y puso a un lado el portátil.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó expectante.

—Me han despedido.

—Joder, no puedo creer que te hayan echado —farfulló irritada.

Encogí un hombro.

—Ya... Yo tampoco.

—No has hecho nada malo, pero te están tratando como a una delincuente. Deberías demandarlos.

Hice un gesto negativo, mientras sacaba la comida de la bolsa y quitaba las tapas a los envases.

—Solo perdería el tiempo y mucho dinero. Mejor dejo las cosas como están.

—¿Lo dices en serio? ¿No vas a defenderte?

—No, ¿para qué? —repliqué de camino a la cocina. Silvia

me siguió—. Han filtrado direcciones, números de teléfono, fotos y hasta datos financieros de una decena de clientes, y todo se envió desde mi correo electrónico. Las pruebas me incriminan.

Cogí un mantel limpio, platos y palillos. Silvia suspiró mientras sacaba servilletas de un cajón y una botella de vino blanco de la nevera.

—Y si todo es tan evidente, ¿por qué no te han denunciado?

—¿Porque les doy pena? ¿Por evitar un escándalo? ¡Qué más da!

Silvia me observó como si le costara seguir mis pensamientos. Al final sacudió la cabeza, rindiéndose a mi obstinación. Pusimos la mesa en silencio y nos sentamos a comer. Mientras ella llenaba un cuenco con salsa de soja, yo serví la comida en los platos.

Me llevé un *onigiri* a la boca y cerré los párpados al notar el sabor dulce de las ciruelas en la lengua. Por suerte, mi apetito continuaba intacto y podía ahogar mis penas en comida deliciosa y vino.

—¿De verdad vas a conformarte? —soltó de repente Silvia.

Tardé un momento en reunir la paciencia suficiente como para abrir los ojos y mirar a mi amiga. Me fijé en su rostro redondo y bronceado, y en los rizos negros que lo enmarcaban. En el desasosiego que no podía disimular. Sabía que estaba más que preocupada por mí. No había dejado de mostrarme su apoyo incondicional desde que le conté el problema al que me enfrentaba. Con palabras de ánimo, abrazos y tabletas de chocolate. También era consciente de que su carácter, mucho más atrevido y combativo que el mío, hacía que le costara entenderme.

Éramos tan distintas.

Asentí con una pequeña sonrisa.

—Si no lo hago, me enfrentaré a un problema mucho mayor. Y no sé si tengo la energía suficiente para afrontar todo lo que podría pasar si toman medidas legales contra mí.

Bufó, mis argumentos no la convencían del todo.

—Lucía...

—No.

—Pero...

—Por favor —le rogué para que no insistiera.

Silvia levantó las piernas y las cruzó sobre la silla. Con la frente arrugada, apuró el vino de su copa de un trago. Durante unos segundos, solo miró fuera, a través de la ventana.

—Está bien, si lo tienes claro, no insistiré más —dijo al fin.

Inspiré aliviada y continué comiendo. No era una cobarde, pero sabía qué batallas podía ganar y cuáles no. Aprendí muy pronto a rehuir los conflictos y a aceptar que las cosas, a veces, son como son y tratar de cambiarlas solo nos causa más problemas. Conformarse no era un defecto, solo una forma de minimizar los daños.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —me preguntó Silvia.

—Encontrar un trabajo y un lugar para vivir.

—No tengas prisa, ¿vale? Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites.

Se puso en pie y me abrazó por la espalda.

Le sonreí agradecida.

Que nuestros caminos se cruzaran era una de las mejores cosas que me habían pasado en la vida. No solo se había convertido en mi mejor amiga, también era la única persona que siempre estaba a mi lado y lo sabía todo sobre mí. Del mismo modo que yo lo conocía todo de ella. Juntas habíamos enfrentado y superado vivencias muy difíciles, como la depresión en la que Silvia se sumió durante meses, y que forjaron un vínculo inquebrantable entre nosotras.

Esa misma tarde, a través de un correo electrónico masi-

vo, la agencia emitió un comunicado interno a todos los empleados y su cartera de representados, en el que se disculpaba por la filtración de datos y explicaba las medidas que la dirección había tomado al respecto. En el comunicado no se mencionaba mi nombre. Se referían a mí como el sujeto A. Pero solo era cuestión de tiempo que mi supuesta implicación saliera a la luz.

Con solo imaginar lo que la gente diría y pensaría de mí, me daban ganas de marcharme lejos y desaparecer. Quizá fuese lo mejor. Dejarlo todo atrás y comenzar de nuevo en cualquier otra parte. Fantaseé con esa idea hasta quedarme dormida. Sin embargo, la noche estuvo llena de pesadillas angustiosas y lágrimas que no podía detener.

Pasé tres días encerrada en mi habitación, a ratos llorando y otros, autocompadeciéndome. Escuchando música triste y viendo vídeos de osos panda en TikTok. Evitando a toda costa cualquier interacción humana, incluida Silvia.

Por suerte, ella me conocía lo bastante como para dejarme mi espacio y no presionarme.

Al despertarme el cuarto día, me dije a mí misma que no podía permitir que lo ocurrido me aplastase de esa forma, o acabaría perdiendo la poca salud mental que me quedaba.

Salí de la cama y encendí mi teléfono. Tenía un sinfín de notificaciones de mensajes, correos electrónicos y llamadas. Eché un vistazo rápido a los mensajes y vi nombres de compañeros y algunos de los famosos con los que había trabajado con más cercanía. No fui capaz de abrir ninguno.

No obstante, lo que más aceleró mi corazón fue ver el número de mi abuela tres veces entre las llamadas perdidas. Que me hubiera llamado era un milagro. Hacía mucho tiempo que solo nos comunicábamos por escrito y no muy a menudo. En gran parte, por mi culpa. Era yo la que la evitaba, aunque no sabía muy bien el porqué. No había una

razón importante y específica, solo un cúmulo de momentos molestos que había ido acumulando, de sentimientos que me frenaban a la hora de acercarme y me alejaban no solo de ella, sino de toda mi familia.

Me dije que debía devolverle la llamada, por si había pasado algo de lo que debiera preocuparme, pero volví a dejar el teléfono en la mesita y salí de la habitación.

Descalza, me dirigí a la cocina. Necesitaba una taza de café y algo que comer para que mi estómago dejara de rugir. La habitación de Silvia tenía la puerta abierta y me asomé por si seguía allí y quería que desayunáramos juntas.

En ese instante, su risa cruzó el pasillo.

—Oye, saca esa mano de mis pantalones —protestó en tono divertido.

—¿Qué mano? ¿No será esta? —dijo la voz de Javi, su novio.

Me detuve en medio del pasillo y contuve la respiración.

—Lo digo en serio, para.

—Yo también lo digo en serio, me encanta tu culo.

—Javi...

—Vamos, te gusta hacerlo en la cocina tanto como a mí.

—Lucía podría entrar en cualquier momento —replicó ella.

Me llegó un gruñido amortiguado y luego un suspiro exagerado. Di un paso atrás, con cuidado de no hacer ruido. Y otro más, de vuelta a mi habitación.

—Ya lleva aquí dos meses, ¿cuándo piensa marcharse? Porque empiezo a estar harto de esta situación.

—¿Por qué te quejas tanto? Cuando tú vienes, ella no sale de su cuarto para darnos intimidad.

—Pero sé que está ahí y me corta el rollo.

Pese a que hablaban en voz baja, el silencio en la casa era tal que podía oírlos de forma clara.

—No pienso echarla porque tú no puedas ir en bolas
—masculló ella.

—No digo que la eches, solo digo que me gustaría volver a como estábamos antes.

—Es mi mejor amiga y necesita un lugar donde quedarse. Además, me ayuda con los gastos. Cosa que tú no haces.

—Silvia, eso no es justo...

—Creía que te caía bien.

—Ni bien ni mal, lo que me molesta es tener que compartirte con ella.

Entré en mi dormitorio y cerré la puerta con un suspiro profundo.

La conversación que acababa de oír me había dejado congelada. A Javi le incomodaba que viviera allí y no me había dado cuenta. Me senté en la cama y me masajé las mejillas, intentando reprimir el ardor que sentía en ellas. Estaba avergonzada. Jamás habría imaginado que él se sintiera de ese modo. Nunca me lo había demostrado, ni siquiera insinuado.

Me dejé caer de espaldas y contemplé el techo. Tenía que largarme de allí cuanto antes y sin causar problemas en la relación de mi amiga, para lo que iba a necesitar una buena excusa. Mientras pensaba en soluciones inmediatas, me entró un mensaje en el móvil.

Óscar: ¿Podemos vernos? Necesito hablar contigo en persona.